

C/382

# HISTORIA

DE LA

## Revolucion Hispano-Americana:

POR

*D. Mariano Forrente,*

AUTOR DE LA GEOGRAFIA UNIVERSAL.

TOMO I.



*tasari r' r'.*



Madrid:

Imprenta de Moreno, plazuela del Cordon núm. 1.

1830.

## CAPITULO VII.

## PERÚ: 1810.

*Disposiciones del virei Abascal i de los gefes realistas Goyeneche, Paula Sanz, i Nieto, para rechazar á los insurgentes de Buenos-Aires. Expedicion de 600 provinciales ácia Tupiza, al mando de don Indalecio Gonzalez. Caracter de Nieto, i Paula Sanz. Insurreccion de Cochabamba. Salida de una columna mandada por el coronel don Fermín Pierola, que fue sorprendida i derrotada por los rebeldes de aquella ciudad en Aroma. Retirada del general Ramirez ácia el Desaguadero. Deseccion del coronel don Domingo Tristan. Aproximacion del general argentino Balcarce á las gargantas del Alto Perú. Retirada de don Indalecio Gonzalez desde la villa de Tupiza á Santiago de Cotagaita. Desavenencias entre este i el mayor general don José Córdova. Resigna aquel el mando de las armas. Ataque de Balcarce contra dicha posicion de Cotagaita, i su derrota por la acertada direccion de los fuegos de Gonzalez. Llegada del presidente Nieto i del teniente coronel Basagoitia á reforzar las tropas de Córdova. Desgraciada expedicion de este último, i su derrota en Suipacha. Dispersion de las tropas realistas. Arresto del mismo Córdova, Paula Sanz, i Nieto, i su sacrificio en la plaza mayor de Potosí. Reconcentracion de las tropas fieles ácia el Desaguadero para obrar bajo la direccion del general Goyeneche.*

Luego que el celoso virei de Lima, don José Fernando Abascal, tuvo noticia del fuego revolucionario que soplabá

en el vireinato de Buenos-Aires, i señaladamente del horroroso asesinato cometido contra el general Liniers i sus compañeros, conoció la necesidad de desplegar todos los recursos del arte para hacer frente á unos enemigos, que se habian hecho mas temibles desde que sus mismas tropelías i estorsiones los habian colocado en un punto de compromiso, del que ya no era posible retroceder sin aventurar todos los trances de una guerra terca i desesperada. Siempre solícito por sostener la autoridad del Rei en aquellos dominios, envió planes, instrucciones, consejos, refuerzos, armamentos i cuantos auxilios estuvieron á su alcance, apesar de hallarse entonces empeñada su atencion, i divididas sus fuerzas en sofocar la revolucion de Quito, cuya ejecucion habia sido confiada á don Joaquin Molina, nombrado presidente en relevo del conde Ruiz de Castilla.

El presidente del Cuzco don José Manuel de Goyeneche, que con su sutil penetracion llegó á prever que en el baluarte impenetrable de su pecho habian de estrellarse todos los tiros de la revolucion, se ocupó con infatigable constancia en prepararse á dar un golpe decisivo que añadiera nuevos timbres á las armas del Rei, i restituyera la calma á aquella misma América, á la que él debia el ser.

La posicion topográfica del punto en que ejercia su mando lo habia colocado á retaguardia de los dos gefes españoles Paula Sanz, intendente de Potosí, i Nieto, presidente de Charcas, que debian ser los primeros diques á la invasion de las tropas de la república argentina.

Se hallaba ésta mui ufana con los primeros triunfos conseguidos sobre el malogrado Liniers, i con la incorporacion á su partido de las provincias de Tucuman i Salta; i por lo tanto se figuró que las cuatro principales del alto Perú, Potosí, La Plata, Cochabamba i La Paz, sucumbirian fácilmente al ponzoñoso cebo de las doctrinas revolucionarias, i que las tropas republicanas recorrerian con mui poco tropiezo aquellos inmensos espacios plantando en la ciudad de Lima el ominoso árbol de la libertad.

Crecia su confianza al considerar la fermentacion que rei-

naba en dichas provincias del alto Perú, i la corrupcion de las mejores tropas que mandaba el presidente Nieto, pues que, compuestas en gran parte de los cuerpos voluntarios de arribeños i patricios de Buenos-Aires, habian mostrado una decidida adhesion al sistema de su rebelde capital, por cuya razon se habia visto precisado Nieto á desarmarlas.

El gobernador de Potosí, como el mas próximo al peligro, aceleró la marcha de 600 provinciales al mando del coronel don Indalecio Gonzalez de Socasa, militar esforzado i decidido, sagaz, virtuoso é inteligente, pero poco práctico en los lances de la guerra. Púsose en marcha esta division con dos piezas volantes i con suficientes municiones, para situarse en Chichas, cuyos mozos debian haber aumentado sus filas en mayor número de 200, que fueron los que únicamente se alistaron en aquellas banderas, si el subdelegado interino doctor Agrelo no hubiera estado vendido á los argentinos.

El 2 de setiembre entró don Indalecio en Tupiza, capital de dicho partido de Chichas, i á los pocos dias se le reunió el mayor general don José Córdova, con un corto número de marinos i provinciales. Fué don Indalecio infatigable en la organizacion de su pequeño ejército, i en la instruccion de los nuevos reclutas que habia sacado del pais. Un pliego interceptado, que el cabildo de Cochabamba dirigia al rebelde general Ocampo, anunciaba claramente la disposicion de aquella provincia á sublevarse contra el Rei, como lo verificó muy pronto.

Los gefes Nieto i Paula Sanz se veian animados de los mas nobles sentimientos de honor i virtud; pero les faltaba la entereza, el vigor i la energía que se requiere para gobernar los pueblos en tiempo de discordias civiles. No creyendo que la relajacion de costumbres fuese tan comun en aquellos paises, se empeñaron en calmar las agitaciones públicas con la impunidad i la clemencia, procurando confundir á los mismos reos con el lleno de sus gracias i distinciones. Este noble proceder habria derramado abundantes frutos en la república ideal de Platon; pero en paises viciados en que se desatendia

el pundonor i la delicadeza, sino estaba en armonía con sus aspiraciones ambiciosas, no podia menos de producir el fatal resultado de que la autoridad fuese desairada, i de que á su abrigo se madurasen los planes de subversion.

Mientras que la guarnicion de Tupiza se preparaba á recibir las primeras falanjes enemigas, se observaba en su retaguardia un activo movimiento. El teniente coronel Basagoitia habia pasado á Potosí con 500 hombres de las milicias de Puno i Arequipa; don Juan Ramirez habia dejado el mando de La Paz al coronel don Domingo Tristán, i se ocupaba en organizar en sus cercanías 20 milicianos. El presidente del Cuzco, Goyeneche, trabajaba sin cesar por amaestrar nuevos soldados en el arte de la guerra, á fin de proteger i apoyar las operaciones de los cuerpos de vanguardia, i mantener los pueblos en la obediencia i respeto. Los buenos realistas se entregaban á las mas lisongeras esperanzas, cuando un terrible golpe, la insurreccion de Cochabamba, hizo variar totalmente la escena política.

Aquella provincia, situada entre las de Charcas, Potosí i La Paz, era la mas fuerte, la mas feraz, la mas poblada, i cuyo influjo finalmente habia de ser decisivo para el partido que abrazase. Ya desde el año anterior habia estado fluctuando entre sus juramentos al legítimo Trono español i entre las doctrinas subversivas de los disidentes: vencieron sin embargo los emisarios de dicha junta de Buenos-Aires, i por su intriga estalló la revolucion á mediados de setiembre con el apoyo de la misma guarnicion que era del pais. Sus primeros ensayos fueron la deposicion del gobernador, su adhesion á los principios de la república argentina, su sumision al general Ocampo, la circulacion por todas las demas provincias de sus papeles incendiarios, su escitacion á seguir el mismo ejemplo, i sus disposiciones guerreras para llamar la atencion del ejército realista.

No podian los cochabambinos haber elegido una ocasion mas propicia para sus inicuos designios. Aquel atentado trastornó todo el plan de los jefes realistas; fue preciso pedir á

Lima nuevos refuerzos i consejos; se paralizaron los movimientos militares, se ostruyó una parte de los bien combinados planes contra el enemigo, i este inesperado golpe aumentó el compromiso del gobierno, é hizo mui crítica la posicion de los comandantes que se hallaban organizando nuevas tropas en aquellos partidos.

La division de Ocampo por un lado, i los cochabambinos por otro amenazaban dar un golpe decisivo á las armas del Rei: ya estos últimos se habian situado en la villa de Oruro, que se halla en el centro de las cuatro provincias; habian ocupado los fondos i pastas de aquellas cajas, i cortado con Potosí i la Plata la correspondencia, que al mismo tiempo mantenía mui activa con los disidentes de La Paz, por los valles del partido de Sicasica.

Conociendo Ramirez la urgente necesidad de parar los progresos de aquella revolucion, é ignorando los intrigantes manejos i comunicaciones de los paceños con los cochabambinos apuraba á aquel cabildo para que le franquease refuerzos i ausilios de que tanto necesitaba; pero desengañado finalmente de que no podía contar sino con sus propios recursos, destacó al coronel don Fermin Pierola para que con 450 infantes escojidos i 150 dragones de Tinta se avanzase hasta Sicasica á fin de observar á los rebeldes, sin comprometerse en accion alguna hasta que él pudiera reunirsele.

Escediendo Pierola sus instrucciones, se avanzó cuatro leguas mas allá de los límites prefijados, i se situó en el llano ó pampa de Aroma, en donde fue sorprendido en 15 de noviembre, á causa de su poca precaucion, por unos 39 caballos i 500 infantes. Formada su línea con la mayor precipitacion, empezó á batirse destacando varias guerrillas; pero algunos tiros bien dirigidos de la artillería enemiga acobardaron su tropa, que la caballería insurgente acabó de envolver al favor de la ventaja del terreno, tomándole su campamento i dispersándola completamente.

Avisado Ramirez de aquella catástrofe por los pocos soldados, i por el mismo Pierola que pudieron salvarse de ella,

tomó posicion á la falda del cerro de las Animas, remitió los fondos públicos i otros objetos de difícil conservacion al pueblo del Desagüadero, i ofició al coronel don Domingo Tristan, gobernador de La Paz para que evacuase aquella ciudad, i se le reuniese con los efectos del parque, i con todo cuanto pudiera salvarse de la dilapidacion de los rebeldes; mas Tristan, que ya habia principiado á aficionarse á aquella ilegítima causa, acabó de decidirse por ella, tan pronto como supo la derrota de Aroma; i convocada una junta general, se acordó el reconocimiento de la de Buenos-Aires i el envío de cuatro diputados para unirse con los cochabambinos, de cuya aproximacion no dudaban en vista de sus últimos triunfos. Empero, estos sediciosos, como gente colecticia i sin disciplina, se retiraron precipitadamente luego que hubieron saqueado el campo de Pierola i el pueblo de Sicasisa, por temor de que el ejército Real hiciese algun movimiento contra ellos.

A consecuencia de estos desastres se retiró el impávido Ramirez á Tiaguanaco para concertar allí nuevos planes que volviesen á las armas españolas aquel lustre i esplendor que siempre habian tenido, i cuyos momentáneos contrastes se habian debido á inesperadas circunstancias que no habia estado en su arbitrio calcular.

Entretanto que las tropas del Rei recibian estos golpes en el centro del Alto Perú, se preparaban otros mayores ácia los confines, con las de Buenos-Aires. Dos eran los gefes insurgentes á quienes estaba confiada la espedicion argentina que se dirigia contra el Alto Perú: uno era el general Ocampo, hombre absolutamente nulo para el mando, aunque de excelente carácter, i el otro su mayor Balcarce, el que si bien tenia alguna disposicion para dirigir aquella fuerza, se perdia todo el fruto de sus medianos conocimientos con su misma arrogancia i presuncion, que le retraía de tomar consejo alguno de sus oficiales. Reprendido amargamente el general Ocampo por un hermano suyo, sacerdote virtuoso, residente en Córdoba, llegó á arrepentirse de sus desvaríos, i estaba para abandonar una causa tan injusta i vergonzosa, cuan-

do la desmesurada ambicion de su segundo le ofreció un plausible pretesto para demitir el mando, del que aquel fue investido por el representante de la junta, doctor Castelli.

—Encargado ya Balcarce de aquella espedicion, salió de Jujui á mediados de año, i llegó á Yavi sin mas contratiempo que la desercion de algunos soldados tucumanos, que criados bajo un temple benigno i delicioso, no podian avenirse con la rigidez i esterilidad de los puntos á que se iban internando. Cuando Balcarce acuarteló su division en la hacienda del marques del Valle de Tojo á últimos de setiembre, solo contaba con 800 plazas de todas armas. Este noble americano habia sabido conservar una perfecta neutralidad entre ambos partidos: se hallaba en buena armonía i correspondencia con don Indalecio Gonzalez, i lo estuvo de mui buena fé con Balcarce, apenas se presentó en sus vastas posesiones. Unos i otros recibieron auxilios; pero fueron de mayor valor é importancia los que suministró á los insurgentes. Mas adelante se verá este sugeto poner en claro su infiel conducta á la causa del Rei.

Informado el comandante español de que el enemigo iba á recibir un refuerzo de mas de 600 hombres, con los que compondria una fuerza de 1500, doblemente superior á la suya; puesto de acuerdo con su compañero Córdova, i despues de haber oido su consejo de guerra, determinó abandonar la posicion de Tupiza, cuyos estensos flancos no podian cubrirse con menos de 40 soldados, i retirarse á Santiago de Cotagaita, en donde podia hacer una defensa mui vigorosa con la simple fuerza que mandaba. Habiendo enviado al campo enemigo á un capitan gallego, que lo fue don Juan Gomez, para proponer algunos medios de zanjar sus respectivas pretensiones, volvió dicho comisionado con la misma negativa que ya habia previsto el astuto Gonzalez; pero con el feliz resultado de haber ganado tiempo para emprender su retirada, i de arrojar la parte odiosa de la agresion á los rebeldes buenos-aiireños.

Una terrible alarma suscitada en Tupiza pocas noches an-

tes de abandonar aquel pueblo, hizo ver lo que podía esperarse de unos soldados, que aunque acuartelados en puntos distantes i diversos, se hallaron reunidos en pocos minutos sin que faltase ninguno de ellos. No era, pues, el soldado quien hacia desconfiar del buen éxito de las armas del Rei, i sí las desavenencias que habian principiado entre Córdova i Gonzalez. Era el primero altanero i presuntuoso; i engreido con su propio mérito, no veía en don Indalecio sino un gefe subalterno, adocenado, é inesperto en el arte de la guerra.

Este por el contrario estaba lleno de modestia, de moderacion i de templanza; i conociendo por lo tanto las fatales consecuencias que habia de producir la pretension de Córdova al mando de aquellas armas, si él persistia en conservarlo, tuvo la generosidad de vencerse á sí mismo, para que no triunfaran los contrarios. No dudando, pues, de que removido aquel obstáculo se darian mas firmes garantías al buen éxito de la causa legítima, puso su division á las órdenes de su émulo, reservándose tan solo el mando del batallon del que era coronel.

El dia 9 de octubre salió de Tupiza para Santiago el nuevo comandante general á la cabeza de las tropas realistas, i el 11 ocuparon los insurgentes las posiciones que aquellos habian abandonado. Pónese el caudillo argentino en marcha contra las tropas de Córdova, llega á situarse enfrente de Cotagaita, i acampa á tiro de cañon en 27 de octubre. Sedientos los independientes á causa del calor de aquel dia sin hallar agua en todas aquellas cercanías, se arrojan por saciar tan urgente necesidad á la parte opuesta de la playa, i á tiro de fusil del enemigo. Perecen varios soldados, sin que el inminente peligro los retraiga de saciar su insufrible sed. Viendo Balcarce la irremediable pérdida de su ejército, adopta un partido mas terrible todavía que el mismo mal: sin darle mas descanso que el corto tiempo de una hora, que empleó un parlamentario en ir i volver del campo enemigo, resuelve el ataque con una gente rendida i sin aliento.

A la llegada de dicho parlamentario, que lo fue el bullicio-

El oficial Carrera, natural de Córdoba del Tucuman, se formaron en junta todos los oficiales realistas para oír la atrevida arenga de aquel fantástico emisario. Los puntos agitados en esta discusión hicieron ver la vil solapería con que caminaban los disidentes; i la respuesta de los gefes españoles debió desengañarlos de que sus necios artificios hacian poca impresion en sus ánimos. «El objeto de la junta de Buenos-Aires,» dijo el bizarro comandante español, «está demasiado conocido; no habia la menor necesidad de su instalacion; el gobierno i los pueblos estaban decididos por conservar la América en quietud i amor á su Soberano: estos últimos ni aun habian oido el nombre de junta; ; Cuán distantes, pues, estaban de desearlo! ; Han pedido auxilio contra sus gefes? No por cierto. ; Obedecen á su Rei i autoridades? Nadie lo duda. Luego ; á qué enviarles tropas que no necesitan ni han solicitado? La junta ha puesto bien en claro su traicion. El ejército de mi mando sostiene los derechos de Fernando VII. El gobierno de Buenos-Aires no podrá arrancarnos de las manos las banderas, sino espirando todos al rededor de ellas. Ese mismo gobierno subversivo de Buenos-Aires, en otro tiempo juró los signos emblemáticos de la autoridad real; pero ahora no conoce otros que los de la independencia. Es un hombre vil el que sigue ese partido. Vuelva V. á su campo, i diga á su gefe que estos son los unánimes sentimientos de las tropas realistas, i que si tiene el atrevimiento de atacarnos, hallará en su mismo malogro lecciones prácticas de nuestra fidelidad i amor al Soberano legítimo, por el que todos estamos prontos á sacrificarnos.»

Este sublime language del mayor general Córdova le grangeó una popularidad que hasta entonces no habia tenido, i le reconcilió los ánimos de los que habian censurado su altiva conducta con el coronel Gonzalez. Sus protestas salian de un corazon puro é incorruptible, i las selló mui pronto con su sangre, presentándose como noble víctima ante las aras de la monarquía.

Irritado Balcarce por la befa i escarnio con que habia si-

do tratado su farsante embajador, dividió su fuerza en tres columnas para acometer vigorosamente á la plaza: ya los buenos aireños se habian apoderado de las alturas, cuando el comandante Gonzalez les dió un brusco ataque con un refuerzo que tenia apostado en las mismas cimas: muchos de los insurgentes perecieron en este choque; otros por sustraerse á la muerte que aquel denodado oficial vomitaba por todas partes, se arrojaron por los precipicios, i se introdujo tal terror i confusion en el campo enemigo, que hasta las tropas mas distantes de la accion quedaron acobardadas, midiendo ya con el deseo el camino por donde debian emprender su fuga. El centro abandonó su posicion; el comandante de artillería los dos cañones que estaban confiados á su mando; las compañías que se habian apoderado de los cerros se entregaron á una fuga desordenada; fue grande el número de muertos, i no menos considerable el de prisioneros i heridos; pero ya á los dos dias se habian reunido los dispersos en la villa de Tupiza sin que las tropas realistas se hubieran ocupado en perseguirlos.

A pesar de esta victoria no estaban tranquilos los gefes españoles: habian contado con algunos refuerzos para tomar una actitud imponente, i tan solo se les habia unido el teniente coronel Basagoitia con 350 hombres, i el presidente Nieto con otros ciento. Aunque el general Goyeneche habia prometido enviarles alguna fuerza, no pudo cumplir su palabra, en razon de hallarse sus tropas sin disciplina ni instruccion, en cuyo interesante objeto estaba trabajando con infatigable celo, para formarlas, de modo que se estrellasen en ellas las armas de los independientes, si la suerte propicia les hacia franquear el paso de aquellas provincias.

Prevía al mismo tiempo, que aun cuando hubiera querido enviar refuerzos, tal vez no habrian llegado á tiempo, i que en caso de recibir algun revés las tropas de Córdova, quedarían inutilizadas las de que él tanto necesitaba para contener el impetuoso arrojó de un enemigo victorioso. El ejército de vanguardia sin embargo era bastante fuerte para rechazar los ataques de Balcarce, si continuaba en el mismo estado de aba-

timiento i escasez de municiones, en que se halló despues de la accion de Cotagaita. De tal modo lo creian sus gefes, que dando la victoria por segura, se determinaron á adelantarse contra él. Despues de varios debates en que se perdió el tiempo mas precioso para asegurar el éxito, fue designado por comandante de la espedicion, compuesta de 900 hombres, el mayor general don José Córdova. Entra este gefe esforzado en Tupiza el dia 6 de noviembre; el enemigo habia evacuado aquel pueblo en el dia anterior, i se habia situado á dos leguas de distancia mas abajo de la angostura del rio: la villa de Tarija auxilió á esta sazón al general Balcarce con 200 hombres mandados por el vizcaino Larrea. Balcarce levanta su campo de la angostura, i pasa á ocupar el pueblo de Nazareno, situado al frente de Suipacha: la lentitud de Córdova en atacarle dió lugar á que en el dia 7 llegasen á los independientes nuevos refuerzos, un obus, i muchas cargas de municiones. Conviniendo al astuto enemigo que Córdova ignorase aquellos socorros, esperando que así sería mas ciega su confianza i mas fácil su derrota, envió por el mismo camino algunos espías bien amaestrados en el arte del disimulo, los que cayendo con estudio en manos de las tropas realistas, las confirmaron dolosamente en la fatal creencia del lastimoso estado de los independientes.

Recreandose ya la imaginacion del tan bizarro como incauto Córdova con los soñados triunfos, que daba por seguros sobre las tropas enemigas, apresuró su marcha, i entró en Suipacha á las doce del mismo dia 7. Mas sagaz en esta ocasion el caudillo argentino, hace un breve movimiento con algunos soldados ácia la playa, los que en cumplimiento de sus instrucciones se retiran precipitadamente á la vista del enemigo, aparentando un temor, que no era mas que estratagemata para atraer las tropas del Rei, i envolverlas luego con las emboscadas que al intento tenian preparadas en las gargantas de Charaya. Viendo Córdova la aparente fuga del enemigo, parte como un rayo contra él, estiende su línea de batalla hasta un tercio mas allá de la playa, rómpese el fuego, bátense las

tropas con el mayor denuedo; pero en lo mas vivo de la pelea cae Balcarce sobre los peruanos con toda su tropa i artillería; dirige principalmente sus fuegos contra la tropa escojida de marinos i veteranos; rájase un cañon, desmóntase otro; asoman al mismo tiempo grupos de indios curiosos por las lomas i campos que dominaban la vista de la refriega; se desconcierta Córdova atribuyendo á una bien calculada combinacion lo que era efecto de una rara aunque funesta casualidad; cree que aquellos paisanos son tropas de reserva; ve en el entretanto desordenado su centro de batalla, rotas las alas, i en particular la izquierda puesta en fuga; sus soldados se desmayan, temen caer en las desapiadadas manos de sus contrarios, i no hallan mas esperanza para salvar sus vidas, que entregarse á una fuga precipitada. Todo se perdió en esta desgraciada batalla: dos cargas de plata, artillería, tiendas de campaña, municiones de guerra i boca, i cuantiosos despojos fueron los trofeos del victorioso Balcarce.

Aterrado Nieto con la triste nueva de la derrota de Suipacha, i no menos agobiado su ánimo con el peso de 70 años. en medio de la fuga, que era el único arbitrio que le quedaba, tuvo la prevision de enviar á Potosí al conde de Casa Real de Moneda para que diera cuenta de aquellos desgraciados sucesos al intendente Paula Sanz, i lo determinára á una pronta fuga salvando todos los caudales de la Real Hacienda. Llega el conde á Potosí en la tarde del dia 9; usa de su natural actividad i energía para desempeñar con lucimiento su comision; muéstrase Sanz indeciso en sus consejos, i tardo en la ejecucion; se descuida en tomar el partido que mas le convenia, vuelve Gonzalez á la carga en la mañana siguiente, resuélvese por fin el demasiado confiado i venerable anciano; trata de poner en salvo 200.000 pesos que tenia en pastas de oro; pero ya era tarde. El ayuntamiento habia recibido un pliego de Castelli anunciándole su próxima llegada á Potosí, i mandando que fuera arrestado su gobernador. Entra el alcalde Quintana á intimarle la prision, i el pacífico Sanz se resigna á cuanto quiera exigirse de su moribunda autoridad.

En el entretanto habia recogido don Indalecio Gonzalez las reliquias del ejército realista, i habia tomado el camino de Puno para dirigirse al desaguadero. El presidente Nieto en compañía del cura de Tupiza i de algunos oficiales emprendió su retirada por el despoblado que va á la costa. Córdova, desamparado i prófugo, tuvo la imprevision de buscar un asilo en las cercanias de Potosí; i por una inesperada fatalidad fueron arrestados éste i Nieto para sufrir en compañía de Sanz el inhumano castigo que habia decretado el sanguinario Castelli para terror del partido realista. Así pues, sin que valieran los cariñosos oficios de personas interesadas en conservar tan preciosas vidas, fueron estas sacrificadas al furor revolucionario, á los diez i nueve dias del mes de diciembre, en la plaza mayor de la espresada ciudad de Potosí.

La fortaleza de ánimo con que estos tres mártires de la fidelidad recibieron los mortíferos tiros, asestados contra sus pechos, debe ser trasmitida á la mas remota posteridad, descollando en particular el último rasgo de heroismo que dió en esta ocasion el impávido i pundonoroso Paula Sanz. Despues de haber protestado en alta voz que su larga carrera militar no tenia mancha alguna, i que habia conservado una constante é invariable lealtad al Rei, por cuya sagrada causa i en defensa de sus derechos iba á dar el último aliento, pidió por gracia especial que le acercasen las banderas que se habian desplegado en el acto de aquel horroroso suplicio. «Si esas banderas, dijo el impertérito magistrado, son las de mi Rei Fernando VII, déseme el gusto de besarlas: sea esta la última prueba de mi amor i veneracion á tan augusto Monarca; quede consignado de un modo indeleble mi entereza i decision, i sepa el mundo, que ni los tormentos, ni los mas horrendos castigos son capaces de alterar en lo mas mínimo mis puros sentimientos, ni de intimidar á una alma, cuya firmeza parece va creciendo á medida que se aflojan los muelles vitales de mi frágil cuerpo». Terminada esta corta, pero elocuentísima arenga, le fue concedida la gracia que solicitaba, i cesaron de existir aquellos tres nobles i esforzados españoles.

Tan felices sucesos dulcificaron los amargos tragos que habia recibido la junta de Buenos-Aires con la abierta oposicion de los montevideanos, i con el descalabro que el general Belgrano habia sufrido en las orillas del rio Tebicuari en su espedicion para atraer á su partido, de grado ó por fuerza, la provincia del Paraguai. Engreidos los insurgentes con los triunfos obtenidos en el Alto Perú, corrieron en tropel á ocupar los destinos de aquellas provincias. Don Juan Martin Pueiredon, de gobernador de Córdoba pasó á tomar el mando de la presidencia de Charcas, relevándole su hermano don Diego en el destino que dejaba. Don Feliciano Chiclana pasó del gobierno de Salta á la intendencia de Potosí; i de este modo fueron distribuyéndose los empleos con la mas ciega confianza.

Un extraordinario precedente de Cochabamba, i conducido por uno de los oficiales de Tinta, prisionero de la accion de Aroma, á su tránsito por Tiaguanaco, dió parte á Ramirez de estos desgraciados sucesos, i de los grandes progresos que iban haciendo los revolucionarios por medio de sus ocultos agentes, que hormigueaban por todas partes hasta en el mismo vireinato de Lima. En tal conflicto determinó el benemérito Ramirez retirarse al Desaguadero, i reunirse con la division del coronel Picoaga, que se hallaba en aquel punto aguardando el arribo i órdenes del general en jefe, Goyeneche: instruido éste de la desesperada situacion de los negocios del Alto Perú, vió por pública manifestacion que en su decision i celo por la causa del Rei, estaban cifradas todas las esperanzas de los buenos para neutralizar los tiros de la seduccion, i para sostener la sagrada causa, por la que habia jurado sacrificarse.

Quedaré suspensa por ahora la relacion histórica de estas provincias, hasta la época de 1811, en la que se continuará proclamando las sábias medidas tomadas por el citado ilustre americano Goyeneche para restablecer el honor de las armas de Castilla, i encareciendo los preciosos laureles de que quedaron cubiertas sus sienes en aquella campaña.